

Wenceslao J. González (coord.), *Diversidad de la explicación científica*, Ariel, Barcelona, 2002, 240 pp.

El trabajo que sobre la explicación desarrolló Carl Hempel entre las décadas de los años cuarenta y sesenta del siglo XX sentó las bases para el análisis filosófico de este tema en los decenios posteriores. El influyente análisis lógico hempeliano perseguía un tratamiento unificado de las explicaciones tanto en ciencias naturales como en ciencias sociales, cuyo rasgo central era el uso de leyes de cobertura en la explicación de sucesos particulares. En filosofía de la ciencia, el desarrollo posterior de este tema ha conducido la investigación filosófica más allá de las motivaciones lógicas y ha favorecido la elaboración de aproximaciones como la realista que incorpora el uso de poderes causales que habían sido proscritos del análisis filosófico de acuerdo con el criterio semántico de los positivistas, así como también otras aproximaciones interesadas en las prácticas y la experimentación que no formaban parte de la agenda configurada por esta tradición filosófica.

El libro que Wenceslao J. González coordina se suma a la tarea de diversificar el tema de la explicación. Contiene ocho artículos que originalmente fueron presentados como ponencias en unas Jornadas dedicadas a la obra de Wesley Salmon, en la cual él estuvo presente, y que se llevó a cabo en marzo de 2001, pocas semanas antes de que este importante filósofo estadounidense muriera inesperadamente en un accidente. Además de los ocho artículos, González presenta un marco teórico en el cual aborda algunos de los problemas de la caracterización hempeliana, como la simetría entre explicación y predicción, e incluye una semblanza académica y una amplia bibliografía de la obra de Salmon, así como una bibliografía general sobre el tema de la explicación.

La temática del libro gira en torno a las explicaciones causales, y puede dividirse en cinco temas para facilitar su análisis: la propuesta causalista de Wesley Salmon (dos artículos); antecedentes históricos del estudio de la complejidad y el azar en el artículo de Javier Ordoñez; explicaciones causales y valores

en sociología de la ciencia, y en ciencias sociales en los artículos de Javier Echeverría, Merrilee Salmon y Rafaela García Elskamp; el tratamiento estructuralista al tema de la causalidad en el artículo de José Díez; y causalidad en las explicaciones funcionales de David Pineda. En adelante seguiré este orden.

En su primer artículo, Salmon presenta una breve revisión histórica del tratamiento filosófico del tema de la explicación, guiada por el problema de la causalidad y que prepara el terreno para el siguiente artículo en el que expone su propuesta. En su revisión histórica destaca los problemas de la Concepción Heredada presentando diversos contraejemplos que ha citado en trabajos anteriores, así como la revisión crítica de la propuesta de J.L. Mackie sobre causalidad. La crítica a Mackie está dirigida a la noción de “causa plena”, y a los aspectos pragmáticos que, de acuerdo con Salmon, impiden que la identificación de causas en esta propuesta tenga un carácter objetivo, el cual garantice su independencia con respecto a la mente de investigadores específicos.

Según Salmon, los espacios en blanco incluidos como parte de la definición mackiana de causa plena que ponderan causas todavía desconocidas para los investigadores no garantizan que la causa identificada en un caso particular sea objetiva. Además de estos huecos, Salmon señala que esta caracterización permite que la selección de una causa particular dependa de los intereses y el conocimiento de fondo limitado que los sujetos poseen, por ejemplo, explicando que un incendio se debió a un cigarrillo arrojado accidentalmente, sin considerar el conjunto completo de factores que deben incluir causas como una combustión espontánea, un corto circuito, etcétera.

Tras la crítica al trabajo de Mackie que considera como uno de los más sobresalientes en el siglo XX, Salmon presenta en su segundo artículo su definición de causalidad, articulada en torno a la noción de “transmisión de marcas” que presentó años antes, y a la de “cantidad conservada” que Philip Dowe introdujo, la cual Salmon considera correcta y que puede completar su propio trabajo. Mediante ajustes como éste, Salmon hace un ba-

lance de su obra en el que también incluye una revisión crítica de la noción de relevancia estadística que presentó en los años setenta.

En este segundo artículo, Salmon señala que en explicaciones que sólo presentan enunciados simples de binomios causa-efecto resulta inevitable que sean aspectos pragmáticos y contextuales los que decidan la conexión causal que se ha de destacar. Salmon acepta este aspecto pragmático en la selección de una causa específica, pero lo subordina al conocimiento completo de los distintos procesos causales. En otras palabras, su idea es que contar sólo con la información limitada de parejas causa-efecto impide alcanzar la objetividad en una explicación causal. De modo que la búsqueda de la objetividad lo lleva a introducir un postulado metafísico acerca de una estructura causal completa y afirma que “la estructura causal completa es un hecho de la Naturaleza que existe de manera totalmente independiente respecto de nuestro conocimiento”, a lo cual agrega que bajo esta estructura causal subyace una subestructura cuántica.

Con esta idea acerca de una estructura causal completa independiente de la mente de los investigadores, Salmon trata de superar las limitaciones pragmáticas que enfrentan propuestas como la de Mackie. Empleando este tipo de recursos para la selección de patrones causales, Salmon avanza de una noción comparativa como la de relevancia estadística a la prescripción de metas cognitivas que lucen inalcanzables. En mi opinión, estas metas muestran los problemas a los que se enfrenta un enfoque de la causalidad orientado por la búsqueda de un conocimiento causal que, prescindiendo de sujetos o comunidades concretas en su caracterización trata de colocarse más allá de los problemas epistemológicos que afronta un enfoque naturalizado de las explicaciones causales.

Sin duda, las nociones de transmisión de marcas y de cantidades conservadas resultan empíricamente más atractivas que términos como ‘crear’, ‘producir’, y similares, usados frecuentemente para caracterizar la causalidad. Sin embargo, al combinar estas sugestivas nociones con la idea de una estructura causal completa, Salmon parece regresar al supuesto laplaciano de bus-

car la completud como medio para alcanzar la objetividad en las explicaciones causales, estrategia que va en dirección contraria a la del artículo de Javier Ordoñez dirigido a destacar la importancia y el impacto de la incorporación del azar y la complejidad en la ciencia del siglo XIX, dominada hasta entonces por un ideal determinista apoyado en un modelo de información completa.

En este contexto resulta relevante señalar que una definición de la causalidad como la que busca Salmon encuentra una seria oposición, tanto en las diferentes versiones de la probabilidad de la tradición subjetivista, que relativizan la atribución de conocimiento al estado de información específica de un sujeto o de una comunidad, como en propuestas recientes —por ejemplo, la de Peter Galison (1987)— que muestran cómo la tradición experimental de la ciencia, en oposición a la tradición teórica, carece de una “clausura lógica” que sirva para garantizar el tipo de completud y objetividad que a Salmon le interesa.

Cuestionando el trabajo de Warren Weaver que sitúa el comienzo del interés científico por los sistemas complejos y el azar en la Segunda Guerra Mundial, el artículo de Javier Ordoñez identifica el nacimiento de este interés ochenta años atrás, durante el último tercio del siglo XIX, con el tratamiento estadístico que Boltzmann desarrolló para el comportamiento molecular de los gases. En contraste con el mecanicismo determinista de corte cartesiano que dominó en los siglos XVII y XVIII de la era laplaciana, Ordoñez pone de relieve el tratamiento de la complejidad y la incorporación del azar durante el surgimiento de la termodinámica y la mecánica estadística, y señala el impacto posterior que estos desarrollos tuvieron en el estudio de fenómenos complejos en ciencias como la mecánica cuántica y la biología.

Como Ordoñez lo plantea, la unidireccionalidad en la dinámica de los fenómenos reflejada en la segunda ley de la termodinámica y las consecuencias que ésta tenía para el resto de los procesos naturales se convirtió en un problema importante para los científicos laplacianos. Al respecto, Ordoñez muestra cómo los resultados de Boltzmann, que introducían como condición básica el desorden molecular y como su medida la entropía,

representaron el abandono del enfoque individualizado de puntos y relaciones deterministas de la física newtoniana desarrollando un tratamiento de la irreversibilidad con herramientas estadísticas. Pese a la oposición científica laplaciana, esta nueva concepción ganó importante terreno cuando Planck incorporó sus resultados a los fenómenos de la radiación, e influyó también en el trabajo de Schrödinger en física cuántica. Como Ordoñez lo señala oportunamente, este tratamiento de fenómenos complejos condujo a la importante reconsideración conceptual de la estructura de las leyes físicas, que pondera la entropía en los estados macroscópicos como una nueva legalidad.

Uno de los aspectos más sugestivos del artículo, y el cual constituye un problema de fondo de las explicaciones causales que está presente en la propuesta de Salmon, es el tipo de compromiso metafísico que se adopta en las explicaciones; es decir, si en ellas se asume un mundo laplaciano determinista, donde las explicaciones se realizan a través de leyes universales y donde, en todo caso, las leyes estadísticas reflejan sólo limitaciones pragmáticas que a la larga serían superadas al ser transformadas en leyes deterministas, o si más bien adoptamos una complejidad y un indeterminismo irreducibles como los que sugiere el mundo molecular de Boltzmann. La adopción o no de este compromiso y el papel que desempeña la complejidad forman parte de los problemas centrales de la explicación, sobre los cuales el lector puede encontrar aproximaciones también sugerentes que consideran otras ciencias además de la física en las siguientes obras: *Thinking about Complexity* (1994) de Klaus Mainzer, *De los efectos a las causas* (1997) de Sergio F. Martínez, y *The Inexact and Separate Science of Economics* (1992) de Daniel Hausman.

En su artículo, Javier Echeverría presenta un modelo formal que conjunta valores y acciones, con el cual busca representar y mejorar los procesos de toma de decisiones en la ciencia. Echeverría ha trabajado en el problema de los valores en sus últimas obras, y ahora presenta un modelo de explicación axiomática cuyo objetivo consiste en dar cuenta de las acciones de los científicos y de la toma de decisiones en política y en adminis-

tración de la ciencia con base en conjuntos de valores plurales. Su propuesta muestra las ventajas de incorporar valores que van más allá de los valores epistémicos estándar incorporando valores jurídicos, sociales y militares, entre otros, lo cual constituye un recurso atractivo para los estudios en sociología de la ciencia. Con este trabajo, Echeverría explora un terreno poco abordado por los filósofos de la ciencia, y se ocupa de la implementación práctica de modelos matemáticos que permitan cuantificar las preferencias por distintos valores en las elecciones de los científicos y los administradores de la ciencia. Aquellos filósofos interesados en las aplicaciones prácticas del análisis de los valores se verán estimulados por este artículo.

Una de las ideas más sugerentes del texto de Echeverría es que las decisiones científicas son comparativas al menos entre dos cursos de acción disponibles a partir de la utilidad esperada, o “grado de satisfacción del valor” como Echeverría lo llama. Para motivar su trabajo, el autor contrasta su propuesta con el modelo hempeliano de explicación y con las teorías individualistas de la decisión racional. Sus conclusiones críticas al respecto son que las teorías de la decisión racional no dan cuenta de acciones colectivas, y que el modelo nomológico-deductivo de Hempel privilegia la explicación de fenómenos sin ocuparse de la explicación previa de las motivaciones humanas que generaron dichos fenómenos con su intervención. Echeverría también critica la propuesta de Nagel sobre las explicaciones teleológicas porque no toman en cuenta el papel que desempeñan los valores en la explicación de la acción. Sin embargo, considerando el tipo de formalización y de herramientas de medición que Echeverría propone, me parece inevitable comparar de su trabajo con el desarrollo contemporáneo que ha tenido la teoría de juegos en las ciencias sociales, la cual se ocupa de modelar comportamientos colectivos con herramientas matemáticas bastante útiles, y en la cual los valores pueden formar parte de las listas de preferencias, tanto de individuos como de grupos cuyas acciones son recíprocamente dependientes. Al respecto, el lector puede consultar las siguientes obras que ofrecen un panorama general incluyendo los adelantos técnicos de esta teoría: *Theory*

of Choice (1992) de Martin Hollis *et al.*, y *Choices* (1987) de Michael Resnik.

En este sentido, una comparación de la propuesta de Echeverría con la teoría de juegos podría ser más fértil que la desarrollada contra Hempel y Nagel, y permitiría, creo yo, calibrar mejor el estatus y el alcance de su propuesta. Echeverría pasa demasiado rápido por la noción de “maximización” asociada a la teoría de juegos como para poder apreciar el peso de sus razones en el rechazo de esta noción, y aceptar en su lugar la noción de “satisfacción”. Como bien señala Echeverría, este tipo de teorías asociadas a la elección racional toma las preferencias y los valores como dados. Sin embargo, para evitar esta condición, tanto la propuesta de Echeverría como aquellas teorías enfrentan la necesidad de incorporar un estudio histórico de los valores y las preferencias, sin dejar de mostrar cómo repercute este nuevo aspecto en las explicaciones axiológicas. Además de este reto también existe un problema de fondo que el lector interesado en el tema de la explicación debe considerar: el estatus empírico de la teoría de juegos al carecer de las amplias bases empíricas que proveen comúnmente las bases inductivas que soportan distintos tipos de regularidades, con las cuales se elabora una buena parte de las explicaciones tanto en ciencias naturales como en ciencias sociales.

Hasta ahora la teoría de juegos se ha desarrollado construyendo modelos que en economía parten de ciertas hipótesis sobre lo que es un compartamiento racional usando entre otros el principio de equilibrio de Nash; sin embargo, estudios recientes han mostrado que algunos de estos principios son inconsistentes con resultados experimentales. Pese a que el modelo formal de Echeverría presenta un desarrollo independiente de la teoría de juegos me parece que afronta el mismo reto de mostrar sobre qué bases pueden apoyarse las explicaciones axiológicas de la acción científica.

Con un enfoque distinto del de las explicaciones por valores, los artículos de Merrilee Salmon y de Rafaela García Elskamp defienden el uso de explicaciones causales de la acción en el contexto general de las ciencias sociales.

En su trabajo, Merrilee se ocupa de mostrar que ciertos principios —como el de “asimilación” usado por los lingüistas, el de “atracción” usado en antropología, y el de “promoción de la supervivencia de los propios genes” en psicología evolutiva— pueden servir como ejemplos de explicaciones causales de la acción que evitan los problemas de la aproximación interpretacionista que apela a deseos y creencias en la explicación del comportamiento humano. En su argumento presenta cómo los lingüistas han utilizado el principio de atracción entre vocales con sonidos cercanos para dar cuenta de ciertos cambios en las lenguas, y cómo en antropología el principio de atracción puede explicar por qué ciertas creencias convergen y se conservan como el conocido cuento de Caperucita Roja por su simpleza y atractivo psicológico, y porque cuentan además con las condiciones ecológicas adecuadas para su reproducción y almacenaje como la existencia de la imprenta o la fibra óptica.

Los ejemplos de las explicaciones que Merrilee presenta resultan adecuados desde un punto de vista naturalista; sin embargo, en este artículo descuida la compatibilidad que le interesa mostrar entre estas explicaciones y la propuesta causal de Wesley Salmon. Las dificultades que implica hacer compatibles nociones como la de “cantidad conservada” con explicaciones que incorporan aspectos históricos, como en el caso de la lingüística, siembran serias dudas en este proyecto, algunas de las cuales han sido expuestas por Paul Humpreys en su revisión crítica al trabajo de Salmon.

Dejando este problema de lado, una de las ideas más sugerentes que Merrilee destaca es aquella que tiene que ver con las posibles ventajas de utilizar principios como los anteriores. Tales principios no requieren que las acciones sean llevadas a cabo sobre procesos completamente conscientes en los individuos que las ejecutan y pueden mostrar un gran alcance explicativo considerando, como ella señala, que una gran parte de la conducta humana se realiza sin la intervención de estos procesos, lo cual se aprecia en casos como las fusiones de vocales en colonizaciones, en el uso de reglas gramaticales al hablar, y en destrezas como manejar o bailar. En contraste con este interés,

el trabajo de Rafaela García Elskamp está dirigido a las acciones conscientes como meta explicativa de las ciencias sociales.

García Elskamp presenta una revisión del trabajo de Raimo Tuomela sobre la naturaleza de la acción humana e intenta unificar los enfoques de explicación y comprensión que tradicionalmente se han mantenido separados. La estrategia que García Elskamp emplea para alcanzar este objetivo consiste en caracterizar las creencias como causas a través de la interpretación de “causa” como “origina”, y no como “determina”, según su terminología. Una de las caracterizaciones de los deseos y las creencias que usa para defender esta interpretación es aquella en la que los describe como “ejecutores materiales” de la conducta observable, pero al mismo tiempo los considera distintos de las causas físicas, a las cuales los considera además irreducibles. Sin embargo, al usar una caracterización como ésta, y aun situándose en una tradición filosófica diferente como la finlandesa en la que Tuomela y García Elskamp trabajan, resulta difícil evadir el problema de distinguir entre el uso naturalista de “causa” en ciencias naturales y su uso en ciencias sociales. La idea de unificación nos remite, entre otros, al conocido problema de las conexiones psicofísicas. Adicionalmente, como Merrilee lo señala en su artículo, la carencia de una distinción puede conducirnos a un error categorial importante con el que se puede enfrentar la propuesta de García Elskamp por carecer de un criterio preciso para la unificación que sugiere.

La meta de García Elskamp de construir una teoría de la causalidad por fines no queda suficientemente sólida pues no clarifica con mucho mayor precisión el uso que propone de las creencias y los deseos como causas. Por otro lado, creo que la motivación que expone en su rechazo de la asimilación de los deseos y las creencias como causas físicas, arguyendo que esta concepción introduciría la idea de conexiones necesarias que “determinan” la conducta humana, merece ser revisada. Como bien señala García Elskamp, difícilmente podemos encontrar situaciones deterministas en los fenómenos sociales; no obstante, trabajos como el de Daniel Hausman (1992) citado por ella muestran que las regularidades causales en economía no son

deterministas sino contextuales y corregibles. Además, para el tema es pertinente tomar en cuenta los trabajos que en los últimos decenios han desarrollado una caracterización de la causalidad en términos de probabilidades, e incluso de causalidad por singulares. Entre otros trabajos sobresalientes se encuentran el de Ellery Eells, *Probabilistic Causation* (1991), y el de Nancy Cartwright, *Nature's Capacities and their Measurement* (1989).

Hablar de causas no implica necesariamente hablar de determinismo. Dejando de lado los problemas lógicos y metafísicos de las explicaciones causales, la cuestión más importante que queda pendiente en este artículo de García Elskamp es responder por el estatus ontológico que tienen los deseos y las creencias, particularmente, cuando se usan para elaborar explicaciones causales de las acciones, como ella lo sugiere. La noción de "origen" que ofrece para caracterizar los deseos y las creencias como causas parece demasiado débil como para ser fértil en el esclarecimiento de dicho estatus ontológico, y para soportar la tesis de que las explicaciones por creencias y deseos son explicaciones causales.

En un terreno diferente del de las ciencias sociales, José Díez en su artículo continúa su trabajo dentro de la tradición estructuralista y presenta un modelo de unificación de las explicaciones siguiendo el conocido trabajo de Michael Friedman. Mediante este modelo busca colocar las explicaciones causales como un caso de unificación mostrando que esta noción es conceptualmente más general y básica que la causalidad. La propuesta de unificación presente desde de Hempel consiste en reducir leyes como las de Kepler o las de la cinemática galileana a la mecánica clásica. Siguiendo este proyecto, el análisis estructuralista de Díez busca construir, con ayuda de herramientas matemáticas, una imagen arquitectónica de las teorías científicas y sus explicaciones que describe como "subsunción unificadora".

Un problema de fondo que enfrenta este tipo de tratamiento de las explicaciones causales es definir si este análisis formal y conceptual puede ser fructífero para dar cuenta de los problemas de irrelevancia y simetría que Díez apunta pero que quedan sin resolver en su trabajo. Problemas como éstos, here-

dados por el modelo hempeliano de explicación para los sucesos particulares, fueron precisamente los que condujeron a Salmon a desarrollar una propuesta de explicaciones causales.

Buscando herramientas más fértiles para tratar este tipo de problemas en la explicación, los análisis filosóficos se han movido en una dirección muy distinta y han desarrollado aproximaciones que tienen que ver con la experimentación, las prácticas y la desunificación de la ciencia. Entre otras se encuentran las siguientes obras en las cuales el lector podrá encontrar un punto de comparación con la propuesta estructuralista: la compilación de Galison y Strump, *The Desunity of Science* (1996), *Dappled World* (1999) de Nancy Cartwright, y *Geografía de las prácticas científicas* (2003) de Sergio F. Martínez.

El libro concluye con un artículo de David Pineda que presenta una revisión crítica y una reformulación de las explicaciones programáticas en la propuesta de Frank Jackson y Philip Pettit. La crítica de Pineda está dirigida al error conceptual que observa en las explicaciones que citan propiedades funcionales sin incluir las causas eficaces asociadas a su manifestación. Explicaciones como: “La explosión del Challenger se debió a la pérdida de elasticidad de uno de sus componentes”, o “ x se disolvió porque x es soluble” son, de acuerdo con Pineda, conceptualmente incorrectas y explicativamente no informativas a menos que incluyan los antecedentes causales respectivos. A partir de estas observaciones, Pineda introduce refinamientos adicionales que le permiten reformular las explicaciones programáticas como “explicaciones paracausales”. Pese a que en ciertos contextos la referencia a los antecedentes causales puede agregar información relevante para la explicación de un suceso en particular, me parece que la propuesta de Pineda pasa demasiado rápido a la redefinición de estas explicaciones, lo cual impide apreciar el grado de autonomía y el poder explicativo que pueden tener por sí mismas las propiedades funcionales en ciertos contextos. La cuestión, en este sentido, no es que no existan antecedentes causales asociados, lo cual se puede dar por hecho, sino si en ciertos contextos se puede prescindir de

estos antecedentes en las explicaciones programáticas sin que con ello se pierda eficacia explicativa.

En conjunto, el libro *Diversidad de la explicación científica* tiene el mérito de presentar el reconocido trabajo de Salmon sobre explicaciones causales, y de sumarse a las escasas obras escritas por filósofos de habla hispana que sobre este tema existen. El libro ofrece, en especial, una muestra significativa de la diversidad de puntos de vista con los que algunos de los filósofos españoles están trabajando este tema. Sin embargo, como el propio Wenceslao J. González lo reconoce, la diversidad es mucho más amplia e imposible de compilar en un libro. Al respecto, el lector podrá consultar bibliografía sugerida por él. En particular, el trabajo de David Ruben ahí citado y las referencias que he citado aquí con el mismo propósito permitirán al lector interesado apreciar mejor la diversidad que plantea hoy este tema.

FERNANDO MORETT

London School of Economics and Political Science

F.Morett@lse.ac.uk

BIBLIOGRAFÍA

- Cartwright, Nancy, 1999, *The Dappled World*, Cambridge University Press, Cambridge.
- , 1989, *Nature's Capacities and their Measurement*, Oxford University Press, Oxford.
- Eells, Ellery, 1991, *Probabilistic Causality*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Galison, Peter, 1987, *How Experiments End*, University of Chicago Press, Chicago.
- Galison, Peter y David J. Stump (comps.), 1996, *The Disunity of Science*, Stanford University Press, Stanford.
- Hausman, Daniel M., 1992, *The Inexact and Separate Science of Economics*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hollis, Martin *et al.*, 1992, *The Theory of Choice*, Blackwell, Oxford.

- Mainzer, Klaus, 1994, *Thinking about Complexity*, Springer Verlag, Berlín/Nueva York.
- Martínez, Sergio F., 2003, *Geografía de las prácticas científicas*, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México.
- , 1997, *De los efectos a las causas*, Paidós/Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México.
- Resnik, Michael D., *Choices*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Olbeth Hansberg y Mark Platts (comps.), *Responsabilidad y libertad*, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM/Fondo de Cultura Económica, México, 2002, 207 pp.

La presentación de Olbeth Hansberg es elocuente: esta obra colectiva condensa los resultados de un foro interdisciplinario de expertos donde se discutieron temas cruciales que competen a la atención de la salud; algunos de ellos surgieron de innovaciones científicas y tecnológicas, otros de circunstancias sociales en proceso de cambio que, en cuanto a su relevancia moral, pueden ser evaluadas desde distintos puntos de vista. La directriz que guía y da título a la obra es explicitada en la Introducción por Mark Platts, quien señala que pese a que la mayoría de las libertades —entre ellas, la autonomía, preponderante en los temas que nos ocupan— conllevan responsabilidades correlativas, poco se ha examinado el concepto de responsabilidad. Y en una cultura donde el lenguaje de los derechos parece cerrar cualquier cuestión, es importante que la obra rescate el otro polo sólo en relación con el cual el derecho cobra realidad. No es trivial que nuestras prácticas morales distingan a los agentes morales responsables de sus acciones que se comportan con libertad, aunque ciertas tesis deterministas pongan en tela de juicio el (para ellas) supuesto libre albedrío que opera en nuestras decisiones. En un intento de desarticular estas conclusiones, Platts desestima todo intento de hacer del determinismo una tesis que nos exima de atribuir responsabilidad moral a prácticas mucho más concretas que los postulados metafísicos de los cuales suele partir, desde el momento que la responsabilidad se asocia a